

algunos de los cuales se mezclaron con los del feudalismo, la burguesía de Nemours se componía de Minoret, de Massin, de Levrault y de Cremiere. En tiempo de Luis XIII, estas cuatro familias producían ya los apellidos Massin-Cremiere, Levrault-Massin, Massin-Minoret, Minoret-Minoret, Cremiere-Levrault, Levrault-Minoret-Massin, Massin-Levrault, Minoret-Massin, Massin-Massin y Cremiere-Massin, mezclados con los distintivos del Mayor, de Cremiere Francisco, de Levrault Jacobo, de Juan Minoret y de otra multitud de ellos, capaces de volver loco al padre Anselmo del pueblo, si es que alguna vez necesitó genealogista el pueblo. Las variaciones de este kaleidoscopio doméstico de cuatro elementos se complicaba de tal modo con los matrimonios y con los nacimientos, que el árbol genealógico de los burgueses de Nemours hubiese puesto en un apuro á los mismos benedictinos del almanaque de Gotha, á pesar de la ciencia atomística con que disponen los zizás de las alianzas alemanas. Durante mucho tiempo, los Minoret se dedicaron á curtidores, los Massin á comerciantes, los Cremiere á molineros y los Levrault á labradores. Afortunadamente para el país, estos cuatro troncos echaban vástagos en lugar de raíces, ó renovaban sus retoños mediante la expatriación de los hijos, que iban á buscar fortuna afuera: hay Minorets cuchilleros en Melun, Levraults en Montargis, Massins en Orleáns, y Cremieres que han llegado á ser muy ricos, en París. Muy variados son los destinos de estas abejas salidas de la colmena madre. Los Massin ricos emplean por necesidad á los Massin

obreros, del mismo modo que hay príncipes alemanes al servicio de Austria ó de Persia. En el mismo departamento se ve un Minoret millonario, al lado de un Minoret soldado. Llevando por toda semejanza la misma sangre y el mismo nombre, estas cuatro lanzaderas habían tejido una tela humana, cada uno de cuyos trozos pasaba á ser camisa ó servilleta, batista superior ú ordinario forro. La misma sangre estaba en la cabeza, en los pies ó en el corazón, en manos industriosas, en un pulmón dañado ú en una frente llena de talento. Los jefes de este *clan* habitaban fielmente la aldehuela, donde los lazos de parentesco aumentaban ó disminuían según los enlaces representados por ese extraño *cognominismo*. A cualquier país que vayáis, cambiad los nombres y encontraréis el hecho; pero sin la poesía que le había impreso el feudalismo y que Walter Scott reprodujo con tanto talento. Fijemos nuestras miradas más arriba y examinemos á la humanidad en su historia: Todas las familias nobles del siglo XI, que están ya hoy casi extinguidas, á excepción de la raza real de los Capetos, todas han cooperado necesariamente al nacimiento de un Rohan, de un Montmorency, de un Beaufremont, ó de un Mortemart de hoy; en una palabra, que todas estarán necesariamente en la sangre del último hidalgo verdaderamente hidalgo. En otros términos, todo plebeyo es primo de un plebeyo, y todo noble es primo de un noble. Como dice la sublime página de las genealogías bíblicas, en mil años, tres familias—la de Sem, la de Cam y la de Jafet—pueden poblar el globo con sus hijos. Una familia puede

convertirse en una nación, y, desgraciadamente, una nación puede convertirse en una sola y sencilla familia. Para probarlo, basta aplicar á la acumulación de hombres que el tiempo acrecienta en progresión geométrica multiplicada por sí misma el cálculo de aquel sabio que, interrogado por el rey de Persia acerca de qué recompensa deseaba por haber inventado el juego de ajedrez, le contestó que un grano de trigo en la primera casilla, dos en la segunda, y así sucesivamente, doblando hasta acabarlas todas, y le demostró que el reino no tendría trigo bastante para pagarle. La red de la nobleza, abrazada por la red de la burguesía, ese antagonismo de dos sangres protegidas, la una por instituciones inmóviles, y la otra por la activa paciencia del trabajo y por la astucia del comercio, produjo la revolución de 1789. Las dos sangres casi reunidas se encuentran hoy frente á frente de colaterales desprovistos de fortuna. ¿Qué harán? Sólo el porvenir podrá decirlo.

La familia de aquel que se llamaba sencillamente Minoret en tiempo de Luis XV, era tan numerosa, que uno de sus cinco hijos, ó sea el Minoret cuya entrada en la iglesia causaba tanto asombro, se fué á buscar fortuna á París, y sólo apareció de tarde en tarde en su villa natal, donde fué, sin duda, á buscar la parte que le correspondía de la herencia de sus padres. Después de haber sufrido mucho, como todos los jóvenes dotados de una voluntad firme y que quieren ocupar un puesto brillante en París, el hijo de los Minoret se procuró un porvenir con el que ni siquiera había soñado nunca, dedicán-

dose á la medicina, que es una profesión que exige talento y suerte, pero aun más suerte que talento. Apoyado por Dupont de Nemours, emparentado por una feliz casualidad con el abate Morellet, á quien Voltaire llamaba *Muérdeles*, y protegido por los enciclopedistas, el doctor Minoret se afilió como un seide al gran médico Bordeu, amigo de Diderot. De Alembert, Helvetius, el barón de Holbach y Grimm, al lado de los cuales resultaba Minoret un chiquillo, acabaron, sin duda, como Bordeu, por interesarse por el joven galeno, el cual, hacia el año 1777, contaba con una hermosa clientela de deístas, enciclopedistas, sensualistas, materialistas, ó como queráis llamar á los ricos filósofos de aquel tiempo. Aunque fuese poco charlatán, Minoret inventó el famoso bálsamo de Lelievre, tan alabado en el *Mercurio de Francia*, y cuyo anuncio se veía siempre en la última plana de este periódico, órgano hebdomadario de los enciclopedistas. El boticario Lelievre, hombre hábil, vió un negocio donde Minoret no había visto más que una preparación, y repartió lealmente sus beneficios con el doctor, que era discípulo de Rouelle en química, como lo era de Bordeu en medicina. Con menos motivos, cualquiera hubiera sido materialista. En 1778, tiempo en que reinaba la *Bella Eloisa* y en que se casaban á veces por amor, el doctor se casó por amor con la hija del famoso tocador de clave Valentín Mirouet, célebre profesora de música, débil y delicada, á la que la Revolución causó la muerte. Minoret conocía íntimamente á Robespierre, el cual le había hecho obtener una medalla de oro por

una disertación acerca de este asunto: *¿Cuál es el origen de la opinión que comunica á una familia una parte de la deshonra en que incurre un miembro culpable que sufre penas infamantes? ¿Es esta opinión más dañosa que útil? Y, en el caso de que se contestase afirmativamente, ¿cuáles serían los medios de evitar los inconvenientes que resultan de ella?* La Academia real de ciencias y artes de Metz, á la que pertenecía Minoret, debe tener el original de esta disertación. Aunque la mujer del doctor pudiese estar tranquila gracias á esta amistad, temió tanto ir al patíbulo, que este invencible terror agravó el aneurisma originado por su excesiva sensibilidad. A pesar de todas las precauciones que tomaba un hombre que idolatraba á su mujer, Úrsula encontró un día la carreta llena de condenados, en donde iba precisamente la señora Roland, y este espectáculo le causó la muerte. Minoret, que tenía una gran ceguera por su Úrsula, á la cual no negaba nada, se encontraba casi pobre después de haberla perdido. Robespierre le nombró entonces médico jefe de un hospital.

Aunque el nombre de Minoret hubiese adquirido, durante los anunciados debates á que dió lugar el mesmerismo, una celebridad que contribuyó á que sus pacientes lo recordasen de cuando en cuando, la Revolución fué un disolvente tan grande y rompió de tal modo las relaciones de familia, que, en 1813, se ignoraba por completo en Nemours la existencia del doctor Minoret, el cual concibió por casualidad el proyecto de ir á morir, como las liebres, á su yacija.

¿Quién no ha experimentado, atravesando la

Francia, donde las miradas no tardan en cansarse ante la monotonía de las llanuras, la encantadora sensación de ver en lo alto de una cuesta, al bajarla, ó á su alrededor, y cuando se esperaba un paisaje árido, un fresco valle surcado por un río, y un pueblecito al abrigo de las rocas, cual colmena encerrada en el hueco de un viejo sauce? Al oír el *¡arre!* del postillón que marcha al lado de los caballos, se sacude uno el sueño y admira como en sueños el espectáculo de algún hermoso paisaje, que pasa á ser para el viajero lo que es para el lector la página notable de un libro, un pensamiento brillante de la naturaleza. Tal es la sensación que causa la vista repentina de Nemours, viniendo de Borgoña. Se ve allí cercada por rocas peladas, grises, negras, de formas extrañas, como las que se encuentran en tanta abundancia en el bosque de Fontainebleau, y en medio de las cuales brotan árboles desparramados aquí y allá que se destacan del azul del cielo y que comunican agreste aspecto á aquella especie de muralla desplomada. Allí termina la larga colina forestal que sube de Nemours á Bouron costeano la carretera. En la parte baja de este informe circo se extiende una pradera por donde corre el Loing formando hermosas cascadas. Son tan admirables los efectos, que este delicioso paisaje, que se ve á derecha é izquierda de la carretera de Montargis, parece una decoración de ópera.

Una mañana el doctor, que había sido llamado á Borgoña por una enferma rica, y que volvía á toda prisa á París, se olvidó de decir al cochero el camino que quería tomar, y fué conducido, sin

saberlo, á Nemours, llegando á ver así entre sueños el hermoso país en donde había pasado su infancia. El doctor había perdido á la sazón la mayor parte de sus antiguos camaradas. El secretario de la Enciclopedia había sido testigo de la conversión de La Harpe, había enterrado á Lebrun-Pindare, á María José de Chenier, á Morellet, á la señora Helvetius; asistió á la casi caída de Voltaire, atacado por Geoffroy, continuador de Freron, y pensaba, por lo tanto, retirarse; así es que cuando su coche se detuvo en lo alto de la carretera de Nemours, sintió deseos de tener noticias de su familia. Minoret-Levrault fué en persona á ver al doctor, el cual reconoció en el dueño de la posta al propio hijo de su hermano mayor. Este sobrino le presentó á su esposa, hija única del padre Levrault-Cremiere, el cual hacía doce años que había dejado la posta y la posada más hermosa de Nemours.

—Bueno, sobrino, ¿no tengo más herederos que vosotros? dijo el doctor.

—Sí, mi tía Minoret, su hermana, que se casó con un Massin-Massin.

—¡Ah! ya, el intendente de Saint-Lange.

—Justamente; murió viuda, dejando una hija única que acaba de casarse con un Cremiere-Cremiere, admirable muchacho que está sin colocación.

—Está bien, esa es sobrina carnal mía, y como mi hermano el marino murió soltero, y el capitán Minoret fué muerto en Monte-Legino, y yo estoy aquí, la línea paterna está agotada. ¿Tengo parientes por la línea materna? Mi madre era una Massin-Levrault.

—De los Juan Massin Levrault, respondió Minoret-Levrault, no ha quedado más que una Juan-Massin que se ha casado con el señor Cremiere-Levrault-Dionis, abastecedor de forrajes que murió en el patíbulo. Su mujer murió también de desesperación y arruinada, dejando una hija que se casó con un Levrault-Minoret, cortijero de Montereau que está en buena posición, y cuya hija acaba de casarse con un Massin-Levrault, pasante de notario en Montargis, donde el padre ejerce el oficio de cerrajero.

—Así, pues, no me faltan herederos, dijo alegremente el doctor, que quiso dar una vuelta por Nemours en compañía de su sobrino.

El Loing atraviesa la villa, cuyas blancas casas, provistas de jardín y huerta, hacen creer que la dicha debe habitar allí mejor que en ninguna otra parte. Cuando el doctor iba de la calle Mayor á la de los Burgueses, Minoret-Levrault le enseñó la propiedad del señor Levrault, rico tratante en hierros que acababa de morir en París.

—Tío, ahí tiene usted una hermosa casa que está en venta, y que tiene un magnífico jardín bañado por el río.

—Entremos, dijo el doctor al ver, al extremo de un patio embaldosado, una casa abrigada por las paredes de dos casas vecinas, cubiertas de espesuras de árboles y de plantas trepadoras. Al parecer tiene bodegas, añadió el doctor entrando por una escalinata muy elevada adornada de tiestos de porcelana blanca, donde florecían á la sazón unos geranios.

Dividida, como la mayor parte de las casas de

provincia, por un pasillo que conduce del patio al jardín, la casa no tenía á la derecha más que un salón iluminado por cuatro ventanas, de las cuales dos daban al patio y las otras dos al jardín; pero Levrault-Levrault había transformado una de estas ventanas en puerta que daba entrada á un largo invernadero construido con ladrillos y que iba desde el salón al río, terminando allí en horrible tabellón chino.

—Bueno; haciendo cubrir este invernadero y entarimándolo, dijo el anciano Minoret, podré hacer de él una biblioteca y un bonito despacho.

Al otro lado del corredor se encontraba, hacia la parte del jardín, un comedor, que estaba separado de la cocina por la caja de la escalera. Mediante un cuartito situado detrás de la escalera, el comedor se comunicaba con la cocina, cuyas ventanas enrejadas daban al patio. En el primer piso había dos habitaciones, y encima una buhardilla con cielo raso bastante habitable. Después de haber examinado rápidamente aquella casa, provista de arriba á abajo de verdes emparrados, lo mismo por la parte del patio que por la del jardín, y que tenía junto al río una terraza llena de tiestos de porcelana, el doctor dijo:

—Levrault-Levrault ha debido gastar aquí mucho dinero.

—¡Oh! muchísimo, dijo Minoret-Levrault. Le gustaban las flores, lo cual es una tontería, porque, como dice mi mujer, ¿qué beneficios reportan? Mire usted, vino un pintor de París para pintar al fresco el corredor. Ha colocado espejos de cuerpo entero en todas partes. Los techos

han sido restaurados y ha puesto cornisas que cuestan á seis francos el pie. El comedor y los pavimentos son de marquetería; en fin, locuras, porque la casa por eso no vale un céntimo más.

—Pues bien, sobrino, pregunta el precio y avísame; aquí tienes mi dirección. De lo demás ya se encargará el notario. ¿Quién vive enfrente? preguntó al salir.

—Unos emigrados, respondió el dueño de la posta; un caballero llamado de Portenduere.

Una vez comprada la casa, el ilustre doctor, en lugar de ir á habitarla, dió orden á su sobrino de que la alquilase, y así lo hizo éste, cediéndosela al notario de Nemours, que vendió entonces su notaría á Dionis, su primer pasante, y que murió dos años después, dejando al médico el muerto de una casa para alquilar, en el momento en que se decidía en los alrededores la suerte de Napoleón. Los herederos del doctor, desengañados ya casi, tomaron su deseo de volver á la villa por un capricho de ricacho, y se desesperaban suponiéndole en París afectos que le detendrían allí y les privarían de heredarle. Sin embargo, la mujer de Minoret-Levrault aprovechó esta ocasión para escribir al doctor, y el anciano le respondió que iría á vivir á Nemours tan pronto como la paz estuviese firmada, los caminos se viesan libres de soldados y las comunicaciones estuviesen restablecidas. Como había prometido, el doctor se presentó un día en Nemours con el arquitecto de los hospicios y un tapicero, los cuales se encargaron de las reparaciones, de los arreglos interiores y del transporte del mobiliario. La señora Minoret-Levrault

recomendó á su tío la cocinera del difunto notario, la cual fué aceptada, quedando así encargada de la custodia de la casa. Cuando los herederos supieron que su tío iba á vivir á Nemours, sintieron una curiosidad devoradora, pero casi legítima, á pesar de los acontecimientos políticos que se desarrollaban á la sazón en el Gatinais y en Brie. ¿Era rico el tío? ¿Era económico ó gastador? ¿Dejaría una buena fortuna ó no dejaría nada? ¿Tenía rentas vitalicias? He aquí lo que acabó por saberse á fuerza de infinitos trabajos y de espionajes subterráneos. Después de la muerte de Úrsula Mirouet, su mujer, el doctor, nombrado médico del emperador en 1805, debió ganar mucho dinero; pero nadie conocía su fortuna. Minoret vivía sencillamente, sin más gastos que los de un coche y una suntuosa casa, no recibía nunca y comía casi siempre fuera. Su ama de llaves, furiosa al ver que no la llevaba á Nemours, dijo á Celia Levrault, la mujer del dueño de la posta, que ella sabía que el doctor poseía catorce mil francos de renta en papel del Estado. Ahora bien, después de veinte años de ejercer una profesión que los títulos de médico jefe de un hospital, de médico del emperador y de miembro del Instituto tenían que hacer muy lucrativa, aquellos catorce mil francos de renta, fruto de ahorros sucesivos, acusaban á lo sumo ciento sesenta mil francos de economías. Para no haber ahorrado más que ocho mil francos al año, el doctor debía haber tenido muchos vicios ó muchas virtudes que satisfacer; pero ni el ama de llaves, ni Celia, ni nadie, pudo adivinar la razón de aquella modesta fortuna. Minoret, que

fué muy sentido en su barrio, era uno de los hombres más caritativos de París, y, como Larray, guardaba un profundo secreto acerca de sus buenas obras. Los herederos vieron, pues, llegar con viva satisfacción el rico mobiliario y la numerosa biblioteca de su tío, que era ya oficial de la Legión de honor y que acababa de ser nombrado por el rey caballero de la orden de San Miguel á causa de su retiro, que abría paso á algún afortunado favorito. Pero cuando el arquitecto, los pintores y los tapiceros lo hubieron arreglado todo de la manera más confortable, el doctor no se presentó. La señora de Minoret-Levrault, que vigilaba al tapicero y al arquitecto como si trabajasen para ella, supo, gracias á la indiscreción de un joven enviado para arreglar la biblioteca, que el doctor protegía á una huérfana llamada Úrsula. Esta noticia causó una enorme sensación en la villa de Nemours. Por fin, el anciano se presentó á mediados del mes de enero de 1815, y se instaló en su casa con una niña de diez meses, acompañada de una nodriza.

—Úrsula no puede ser hija suya; nuestro tío tiene setenta y un años, dijeron los herederos alarmados.

—Sea como fuere, dijo la señora Massin, no dejará de hacernos sombra.

El doctor recibió con bastante frialdad á su sobrina segunda por la línea materna, cuyo marido acababa de comprar la escribanía del juzgado de paz, y que fué la primera en aventurarse á hablarle de su mala posición. Massin y su mujer no eran ricos. El padre de Massin, cerrajero

en Montargis, estaba lleno de trampas; se veía obligado á trabajar á los sesenta y siete años como un joven, y como es natural, no dejaría nada. El padre de la señora Massin, Levrault-Minoret, acababa de morir en Montereau, á consecuencia de la batalla, al ver su quinta incendiada, los campos talados y su ganado devorado.

—Me parece que no le sacaremos nada á tu tío, dijo Massin á su mujer, embarazada ya de su segundo hijo.

El doctor les dió secretamente diez mil francos, con los cuales el escribano del juzgado de paz, amigo del notario y del alguacil de Nemours, empezó á ejercer la usura con los aldeanos de los alrededores, con tan buen acierto, que en este momento Goupil sabía de cierto que tenía más de ochenta mil francos de capital.

Respecto á su otra sobrina, el doctor logró para su marido, gracias á sus relaciones en París, la recaudación de Nemours, y le puso la fianza. Aunque Minoret-Levrault no necesitase nada, Celia, celosa de las liberalidades de su tío para con sus sobrinos, le presentó á su hijo, que tenía entonces diez años, y al cual se disponía á enviar á un colegio de París, donde, según decía ella, la educación era muy cara. El doctor, al oír esto, le prometió ocuparse de él y logró una media pensión en el colegio de Luis el Grande para su sobrino segundo, que fué puesto en cuarta clase.

Creiere, Massin y Minoret-Levrault, gentes excesivamente ordinarias, fueron juzgadas sin apelación por el doctor durante los dos primeros

meses en que ellos procuraron echar el anzuelo, más bien que al tío, á la herencia. Las gentes que se guían por el instinto, comparadas con las que se guían por las ideas, tienen la desventaja de que no tardan en ser adivinadas: las inspiraciones del instinto son demasiado naturales y saltan demasiado á la vista para que no se perciban en seguida; mientras que las concepciones del espíritu exigen una inteligencia igual por ambas partes, para ser adivinadas. Después de haber pagado á sus sobrinos sus atenciones y de haberles tapado la boca, el astuto doctor pretextó sus ocupaciones y los cuidados que exigía la pequeña Úrsula para no recibirles, aunque sin cerrarles por completo la puerta de su casa. Le gustaba comer solo, se acostaba y se levantaba tarde, y había ido á su país natal para buscar tranquilidad y sosiego. Estos caprichos de anciano parecieron muy naturales, y sus herederos se contentaron con hacerle los domingos, entre una y cuatro de la tarde, visitas hebdomadarias, á las que el doctor procuró poner fin, diciéndoles:

—No vengáis á verme más que cuando me necesitéis.

El doctor, aunque no se negó á hacer consultas en los casos graves, sobre todo cuando se trataba de gente pobre, no quiso ser médico del hospicio de Nemours, y declaró que ya no ejercía su profesión.

—¡Bastante gente he matado! decía el doctor riéndose al cura Chaperon, el cual, como sabía que era caritativo, iba siempre á hablarle de los pobres.

«¡Es un tipo muy original!» Esta frase, alusiva al doctor Minoret, fué la inocente venganza de los amores propios heridos; pues el médico se formó una sociedad de personajes que merecen ser parangonados con los herederos. Por lo demás, aquellos plebeyos que se creían dignos de engrosar la corte de un hombre que llevaba cordón negro, conservaron contra el doctor y sus privilegiados una envidia que, por desgracia, produjo sus efectos.

Por una rareza que acaso explicaría el proverbio «los extremos se tocan», el doctor materialista y el cura de Nemours no tardaron en ser amigos. Al anciano médico le gustaba mucho jugar al chaquete, que es el juego favorito de los eclesiásticos, y el cura Chaperon jugaba poco más ó menos como él. El juego fué, pues, el primer lazo de unión entre ellos. Además, Minoret era caritativo, y el cura de Nemours era el Fenelón del Gatinais. Ambos tenían una instrucción variada, siendo así el hombre de Dios el único en todo Nemours que podía comprender al ateo. Para que dos hombres puedan discutir, tienen ante todo que entenderse; porque ¿qué placer puede haber en dirigir palabras picantes al que no las entiende? El médico y el sacerdote tenían demasiado buen gusto y habían frecuentado demasiado el mundo para no practicar sus preceptos; así es que pudieron hacerse esa pequeña guerra tan necesaria en la conversación. Uno y otro odiaban sus mutuas opiniones; pero estimaban sus mutuos caracteres. Si semejantes contrastes, si tales simpatías no constituyesen los elementos de la vida íntima, ¿no habría que

desesperar de la sociedad, que exige, sobre todo en Francia, algún antagonismo? Las antipatías nacen, no de la lucha de las ideas, sino del choque de caracteres. El abate Chaperon fué, pues, el primer amigo del doctor en Nemours. Este eclesiástico, que frisaba en los sesenta años, era cura de Nemours desde el restablecimiento del culto católico, y, por apego á sus feligreses, había rehusado la vicaría de la diócesis. Si los indiferentes en materia de religión se lo agradecían, los fieles le amaban mucho más; bien es verdad que el cura, venerado por sus ovejas y estimado por la población entera, obraba el bien sin tener en cuenta las opiniones religiosas de los desgraciados. El presbiterio, provisto apenas de los muebles necesarios para la vida, estaba frío y desnudo como la casa de un avaro. La avaricia y la caridad producen efectos semejantes, con la diferencia única de que la caridad amontona sus tesoros en el cielo, mientras que la avaricia los amontona en la tierra. El abate Chaperon disputaba con su ama acerca del gasto de la casa con más rigor que Gobseck con la suya, si es que alguna vez tuvo criada este famoso judío. El buen sacerdote vendía á veces las hebillas de plata de sus zapatos y de sus calzones para dar su importe á los pobres que le sorprendían sin dinero. Al verle salir de la iglesia con los calzones atados con un cordón, las devotas de la villa iban á buscar las hebillas del cura á casa del relojero de Nemours, y se las entregaban riñéndole. Aquel sacerdote no compraba nunca ropa, y llevaba el mismo traje hasta que estaba completamente inservible, y entonces

30890

UNIVERSIDAD DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

León, 1625 MONTERREY, MEXICO

ces la señora de Portenduere y algunas otras almas caritativas se entendían con el ama del cura para que le reemplazase mientras dormía la ropa vieja por la nueva, sin que el padre Chaperon se apercibiese á veces en el acto de tal cambio. Comía en su casa en platos de estaño y con cubiertos de hierro batido, y cuando tenía que recibir á sus compañeros los días de gran solemnidad, le pedía prestada la vajilla, los cubiertos y los manteles á su amigo el ateo.

—Mis cubiertos son su salvación, decía entonces el doctor.

Estas hermosas acciones, descubiertas tarde ó temprano, eran ejecutadas con sublime sencillez. Esta vida era tanto más meritoria, cuanto que el abate Chaperon poseía una erudición tan vasta como variada y excelentes facultades. La astucia y la gracia, inseparables compañeras de la sencillez, realzaban su elocución, digna de un prelado. Sus modales, su carácter y sus costumbres comunicaban á su trato todo lo que es á la vez gracioso y cándido. Amigo de bromear, no se mostraba nunca cura en un salón. Hasta la llegada del doctor Minoret, este santo varón no hizo nunca gala de sus conocimientos, aunque sin duda se complació en utilizarlos. El cura, que poseía una hermosa biblioteca y dos mil francos de renta cuando llegó á Nemours, no tenía, en 1829, más que las rentas de su curato distribuidas de antemano y casi por completo todos los años. Excelente consejero en los asuntos delicados ó en las desgracias, más de una persona que no iba nunca á la iglesia corrió al presbiterio á consultarle. Para acabar este retrato mo-

ral bastará una pequeña anécdota. Unos aldeanos perversos, aunque es raro encontrarlos, se decían perseguidos ó se hacían perseguir ficticiamente para estimular la caridad del abate Chaperon, y engañaban á sus mujeres, las cuales, viendo su casa amenazada de la expropiación y sus vacas embargadas, engañaban con sus inocentes lágrimas al pobre cura, que les buscaba los siete ú ochocientos francos deseados, con los cuales compraba el aldeano un pedazo de tierra. Cuando los piadosos personajes que ayudaban á Chaperon le demostraron el fraude de que había sido objeto, rogándole que les consultase para no ser víctima de los ambiciosos, el buen cura les dijo:

—Esa gente acaso hubiera cometido una acción vituperable para obtener la fanega de tierra. Después de todo, también es hacer un bien el impedir el mal.

Acaso resulte agradable encontrar aquí el retrato de esta figura, notable aunque sólo fuese por el hecho de que las ciencias y las letras penetraron en su bien organizada cabeza sin corromper su corazón. El abate Chaperon sufría de tal modo por las desgracias ajenas y le impresionaron de tal modo los acontecimientos de la Revolución, que á los sesenta años tenía los cabellos completamente blancos. Encarcelado dos veces por negarse á prestar juramento, dos veces había repetido, como él decía, el *In manus*. No era gordo ni delgado, y tenía mediana estatura. Su rostro, muy arrugado, demacrado y sin color, llamaba la atención por la tranquilidad profunda de sus líneas y por la fuerza de sus contornos,

que parecían estar bañados de luz. La cara de un hombre casto tiene un no sé qué de radiante. Unos ojos negros, de brillante pupila, animaban aquella faz irregular rematada en espaciosa frente. Su mirada ejercía un imperio que se explicaba por una dulzura que no excluía la fuerza. El cerco de sus ojos formaba dos oscuras bóvedas sombreadas por gruesas y grises cejas que no inspiraban temor. Como había perdido casi toda la dentadura, su boca estaba deformada y sus mejillas hundidas; pero este defecto no carecía de gracia, y aquellas arrugas llenas de amenidad parecían sonreiros. Sin ser gotoso, tenía los pies tan sensibles y andaba con tal dificultad, que llevaba zapatos de piel de Orleáns en todas las estaciones. La moda de los pantalones le parecía poco conveniente para un sacerdote; así es que llevaba siempre medias de lana, hechas por su ama, y calzón corto de paño. No salía nunca de sotana, sino con levita negra, y conservaba el tricornio que había llevado valerosamente durante los malos días. Este noble y hermoso anciano, cuya figura estaba siempre embellecida por la serenidad de un alma sin reproche, tiene que ejercer tal influencia sobre las cosas y sobre los hombres de esta historia, que se hacía preciso, ante todo, dar á conocer las causas de su autoridad.

Minoret recibía tres periódicos: uno liberal, otro ministerial y otro ultra, y además algunas publicaciones periódicas y revistas científicas cuyas colecciones iban aumentando su biblioteca. Los periódicos, el enciclopedista y los libros fueron un atractivo para un antiguo capitán del

regimiento Real-Sueco, llamado señor Jordy, hidalgo volteriano y viejo solterón que vivía de sus mil seiscientos francos de pensión y renta vitalicia. Después de haber leído algunos días los periódicos por mediación del cura, el señor Jordy creyó conveniente ir en persona á dar las gracias al doctor. Desde la primera visita, el anciano capitán, antiguo profesor de la Escuela militar, se captó las simpatías del anciano médico, que se apresuró á devolverle la visita. El señor Jordy, hombrecito seco y delgado, pero sanguíneo á pesar de su palidez, llamaba sobre todo la atención por su hermosa frente á lo Carlos XII y por sus cabellos cortados al rape como los del rey soldado. Sus ojos azules, profundamente tristes, y que parecían decir que habían amado, interesaban á la primera mirada porque parecían encerrar recuerdos, acerca de los cuales guardaba el militar tan profundo secreto, que sus amigos no le vieron nunca hacer ninguna alusión á su vida pasada, ni lanzar ninguna de esas exclamaciones que arranca á veces la presencia de una catástrofe semejante á la nuestra. El militar ocultaba el doloroso misterio de su pasado bajo una alegría filosófica; pero cuando se creía solo, sus movimientos, preñados de una lentitud más bien calculada que senil, demostraban la existencia de los penosos y constantes pensamientos que le ocupaban; así es que el cura Chaperon le apellidaba el cristiano sin saberlo. Vestido siempre de paño azul, su porte altivo y su traje dejaban ver las antiguas costumbres del militar. Su voz dulce y armoniosa conmovía el alma, y sus hermosas manos y el corte de su cara, que recordaba la del